

MIGRACIÓN Y CIUDAD. TRANSFORMACIONES
Y NUEVAS SOCIABILIDADES EN LA CIUDAD
INTERMEDIA A PARTIR DE LA LLEGADA DE
COMUNIDADES MIGRANTES

Luis Campos Medina y Marisol Facuse Muñoz

LUIS CAMPOS MEDINA

Doctor en Sociología y Máster en Ciencias Sociales por la École des Hautes Études en Sciences Sociales (Ehess). Sociólogo por la Universidad de Chile. Actualmente es Profesor Asistente del Instituto de la Vivienda de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad de Chile, donde además se desempeña como editor de la Revista Invi. Ha dictado clases en las áreas de sociología urbana, sociología de las prácticas culturales, teoría sociológica y metodologías de investigación urbana. Entre sus temas de investigación actuales destacan la pragmática del espacio público, las escrituras urbanas expuestas, la experiencia subjetiva de los procesos de relocalización post-desastre y la relación entre sonoridad y experiencia migrante.

MARISOL FACUSE MUÑOZ

Doctora en Sociología del Arte y la Cultura y Máster II en Sociología del Arte y el Imaginario (Universidad de Grenoble), Magíster en Filosofía y socióloga (Universidad de Concepción). Actualmente es Profesora Asociada del Departamento de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile, donde coordina el Núcleo de Sociología del Arte y de las Prácticas Culturales. Pertenece a la Red de Estudios Migratorios U-Nómades, donde dirige la línea Arte, Cultura y Migraciones. Sus principales investigaciones se relacionan con arte y política, culturas populares, músicas migrantes, identidades y mestizajes culturales.

MIGRACIÓN Y CIUDAD. TRANSFORMACIONES Y NUEVAS SOCIABILIDADES EN LA CIUDAD INTERMEDIA A PARTIR DE LA LLEGADA DE COMUNIDADES MIGRANTES

PRESENTACIÓN

La reflexión que aquí presentamos responde a una invitación a pensar la relación entre ciudad y migración en el contexto de las nuevas migraciones latinoamericanas en Chile. Asumimos este desafío privilegiando la perspectiva socio-antropológica planteada por Pierre Bouvier, quien propone renovar los métodos de investigación y de teorización de los hechos sociales, restituyendo su sentido a las prácticas sociales. Para ello, el autor propone buscar los puntos de convergencia entre sociología y antropología con el fin de elaborar “constructos prácticos-heurísticos” situados en la intersección de la mirada del observador y los “hechos que están ahí” (Bouvier, 1995).

A través de este enfoque buscamos dar cuenta de aspectos que suelen ser menos visibles a propósito del fenómeno migratorio y su relación con las transformaciones en las formas de habitar y experimentar la ciudad. Con este fin centramos nuestra atención en las ciudades intermedias, las que han suscitado un interés creciente en el último tiempo entre las y los investigadores (Maturana y Rojas, 2015), buscando las singularidades de la inmigración en ellas y en comparación con las grandes metrópolis. Para cumplir este objetivo tomaremos como ejemplo Chillán y San Felipe, dos ciudades que han aumentado significativamente su número de población inmigrante en el último decenio y que, a la vez, comparten una importante vinculación con la agroindustria, que constituye una de las variables que ha modelado la forma y dinámica socio-productiva de las ciudades intermedias de la zona central.

La vocación de nuestro trabajo se emparenta con la de Rihm y Sharim (2019) en la medida en que consideramos que el énfasis puesto en las prácticas culturales de las y los migrantes, en sus variadas formas de creatividad y rebusque, constituye una forma de restituir sus capacidades de agencia y su potencial de enriquecimiento de las dinámicas y procesos colectivos, muchas veces pasados por alto —o no suficientemente atendidos— por los gruesos paneos sociodemográficos que caracterizan los estudios migratorios nacionales¹ y por los discursos mediáticos que asocian los mundos migrantes a la delincuencia, la violencia y la marginalidad.

1. “De este modo, una aproximación desde la subjetividad permite resaltar el espacio de agencia de los migrantes, posicionándolos no solo como habitantes del territorio en desventaja, sino

Este texto se inspira, además, en la necesidad de que en nuestro oficio de sociólogas/os prestemos atención renovada y sincera a cuestiones “de detalle”, y de que en nuestros trabajos de investigación nos demos tiempo y logremos inyectar duración a la inmediatez. Compartimos la convicción de que hay detalles de la cotidianidad que convierten un instante en un momento cargado de significado y emoción y que, en cierta forma, vuelven la vida vivible (Back, 2015). En las historias de migración no es distinto y, en consecuencia, proponemos reflexionar sobre la relación entre migración y ciudad considerando las acciones, los procedimientos y las prácticas a través de las cuales las y los migrantes hacen posibles y vivibles sus vidas en distintas ciudades de Chile. Nos propusimos para ello buscar experiencias más allá de Santiago, que es la ciudad en la que habitamos actualmente y sobre la que más se ha escrito a propósito de las migraciones, intentando completar un mapa de experiencias de migrantes en la ciudad, escudriñando en realidades menos visibles. Para este fin reconstruiremos una serie de “escenas” (Silver et al., 2010) a partir de vivencias y situaciones relacionadas con la migración en las dos ciudades que constituyen nuestro caso. Buscamos retratar escenas de la ciudad que revelen elementos que, a nuestro juicio, son dignos de atención y detalle, y que muestran esta dimensión activa, afectiva y creativa de las y los migrantes y sus interacciones cotidianas con la población nativa.

En estas escenas quedan en evidencia los modos en que la migración desafía a los individuos –tanto a los y las inmigrantes como a la población nativa– a generar nuevas coordenadas para habitar, trabajar, circular y vivir en el espacio de la ciudad, en un proceso constante de reinención de prácticas y micro-prácticas. Dicho de otra forma, el habitar de las comunidades migrantes nos muestra cómo la llegada a un nuevo territorio se experimenta como un encadenamiento cotidiano de micro-acontecimientos para hacer frente a una experiencia de desfase (Campos y Soto, 2016). Los/as sujetos/as de la inmigración son así constreñidos/as a echar mano a nuevas formas de arraigo y producción de sentido en los espacios públicos y privados, productivos y de ocio que ofrece la ciudad. En este punto vale seguir los pasos de la escritora Elif Shafak (Shafak y Meridians, 2003), quien plantea que en el caso de la migración a otro idioma, el desfase lingüístico genera frustración y nos intimida, pero también puede ser fuente de creatividad y astucia. Para Shafak, cuando “llegamos atrasados” a un idioma, lo que ocurre es que se vive con una continua y perpetua frustración. Queremos decir más, hacer mejores bromas, pero terminamos

visibilizando también la creatividad involucrada en el desarrollo y despliegue de tácticas que favorezcan una experiencia migratoria más positiva y que impactan en los procesos de construcción identitaria” (Rhim y Sharim, 2019: 84).

diciendo menos debido a la brecha entre la mente y la lengua. Y esa brecha es muy intimidante. Sin embargo, si sabemos manejarla, esa brecha puede convertirse en una valiosa fuente de estímulos y creatividad. Estas astucias observadas en el ámbito lingüístico también pueden observarse en otros espacios tales como la sociabilidad, las nuevas solidaridades, los afectos, la emergencia de nuevas formas de subsistencia o simplemente una particular forma de transitar la ciudad.

CARACTERIZACIÓN SOCIO-DEMOGRÁFICA DE LA INMIGRACIÓN EN DOS CIUDADES INTERMEDIAS

De acuerdo a información del Instituto Nacional de Estadísticas (INE, 2018), actualmente residen en Chile 746.465 inmigrantes, lo que equivale al 4,35% de la población. En la región Metropolitana, las cinco comunas en que viven más inmigrantes con residencia definitiva son Santiago, Las Condes, Independencia, Recoleta y Estación Central (Asociación de Municipalidades de Chile, 2017).

Un reciente estudio del mismo INE (2019) puso el foco en la distribución de las migraciones internacionales a lo largo del país, revelando nuevas cifras en su crecimiento comparativo entre abril y diciembre de 2017. Allí cobran importancia regiones del centro-sur del país como Maule (67,3%), Ñuble (60,8%) y O'Higgins (60,3%).

En el caso de la región de Ñuble, la inmigración no es de gran magnitud en términos absolutos, pues solo un 0,8% de su población declara ser inmigrante internacional. Pero cobra otra dimensión cuando se considera desde una perspectiva dinámica, pues durante el año 2017 tuvo un aumento de 222,2%, cifra solo superada por la región del Maule y muy superior al país en su conjunto, el cual tuvo una variación de 55,6%, ambas cifras en igual periodo². De acuerdo al INE (2018), al mes de abril de 2017 se encontraban residiendo en la región de Ñuble un total de 3.758 inmigrantes, siendo las comunas con mayor presencia migrante las de Chillán, San Carlos y Chillán Viejo, con 2.549, 225 y 210 personas, respectivamente.

Por otra parte, y según datos de Extranjería (2019), la región de Valparaíso concentra a un 3,2% de la población migrante que ha obtenido permanencia definitiva en el país durante el 2015. Sin embargo, al observar las cifras censales (2017) se puede ver que la región es la cuarta a nivel nacional con mayor cantidad

2. Estas y otras informaciones sobre la región de Ñuble referenciadas en este documento han sido obtenidas del Observatorio Laboral Ñuble. "Reporte coyuntural de la Región de Ñuble: migración". Disponible en: <http://www.observatoriolaboralnuble.cl/wp-content/uploads/2019/pdf/ReporteCoyunturalRegion%C3%91ubleMigraci%C3%B3nMayo2019.pdf>

de inmigrantes internacionales (40.166 personas), lo que corresponde a un 5,4% de la población inmigrante presente en el territorio chileno. Respecto a la distribución de los inmigrantes de acuerdo con su peso relativo a la población residente habitual, se observa que la población migrante representa un 2,3%. A nivel comunal, Viña del Mar, Valparaíso y Quilpué concentran el 52,2% de los permisos de residencia otorgados, mientras que San Felipe representa un porcentaje bastante menor de un 4,1% (Gobierno Regional de Valparaíso, 2017), cobrando especial relevancia su inserción en faenas ligadas a la agroindustria.

Tomando el caso de las inmigraciones en la región Metropolitana como elemento de comparación y el trabajo de campo realizado por este equipo en comunas como Independencia y Recoleta, podemos dar cuenta de que uno de los principales focos de conflicto entre migrantes y residentes anteriores remite a los usos del espacio público. Esto es refrendado por otras investigaciones que plantean que dicho aspecto se ha constituido en uno de los “principales desafíos a la integración de los migrantes, siendo una fuente importante de conflictos personales e intergrupales” (Thayer, 2013 en Rhim y Sharim, 2019). “El trasfondo de lo anterior remite a las maneras de conceptualizar y habitar el espacio público/privado tanto como a la demanda que enfrentan los migrantes de reconstruir la vida en un lugar nuevo, manteniendo vínculos con la cultura de origen” (Rhim y Sharim, 2019).

En los casos de Chillán, en la región de Ñuble, y de San Felipe, en la región de Valparaíso, el problema del espacio público adquiere otra magnitud debido a la menor escala de la ciudad. Por otro lado, en los últimos años se ha intensificado una visión negativa sobre la inmigración, omnipresente en el país y muchas veces preconizada por los medios y por los discursos oficiales, la que se asocia con el aumento del desempleo y el bajo crecimiento económico.

En Ñuble existe una alta concentración laboral en el sector silvoagropecuario, con una fuerte incidencia del trabajo temporal en la estructura productiva. Desde hace algunos años se puede dar cuenta de una preocupación general en la población respecto de la sobreoferta de mano de obra en los periodos en que no hay cosecha, lo que ha llevado a que la industria no sea capaz de absorber toda la mano de obra que queda disponible³. Este es un ejemplo claro de la manera en que las y los migrantes pueden llegar a ser “percibidos como una amenaza, por sus diferencias y/o por disputar un número limitado de recursos” (Rhim y Sharim, 2019). Como veremos

3. Fuente: Observatorio Laboral Ñuble. “Panorama regional. Periodo 2018”. Disponible en: <http://www.observatoriolaboralnuble.cl/wp-content/uploads/2019/pdf/ReportePanoramaRegionalMayo2019.pdf>

en otras secciones de este artículo, la incorporación de población inmigrante al trabajo agrícola ha dado lugar a situaciones de explotación y abuso, así como a una deliberada baja del costo de la mano de obra por parte de los empresarios locales, producto de su mayor disponibilidad. Esto contribuye a acentuar la percepción de amenaza de pérdida y desvalorización del empleo y puede generalizar estigmas y formas de discriminación dentro del propio mundo del trabajo.

Sea para el caso de la megalópolis de Santiago o de ciudades intermedias como Chillán o San Felipe, resulta plausible plantear, como hemos hecho en otros trabajos (Campos y Soto, 2016), que la presencia de migrantes en el territorio se convierte en un desafío a la inteligibilidad y administración cotidiana de las ciudades, en la medida en que se transforman las dinámicas relacionales y las formas de habitar y construir colectivamente los lugares. De esta forma, si en el plano subjetivo se puede plantear que las y los migrantes habitan de un modo transfronterizo y simultáneo (Stefoni y Bonhomme, 2015), en una suerte de tensión permanente entre el “adentro” y el “afuera” (Todorov, 2008), en el plano de las interacciones esto suele traducirse en dificultades de legibilidad y decodificación, tanto para la población local como para las comunidades recientemente asentadas, generando incertidumbre y perplejidad, lo que generalmente promueve el surgimiento del prejuicio (Tijoux, 2011).

Sin embargo, desde nuestro punto de vista, esta situación “magnética” – parafraseando a Castoriadis – abre también un espacio a la creatividad y la innovación en las formas de habitar un lugar. Surgen nuevas “artes de hacer” (de Certeau, 1999) a través de las que no solo se resiste el poder y sus estrategias, sino que también se componen nuevas formas de estar y vivir juntos, nuevas definiciones de lo común y del mundo en común (Rancière, 2009).

CUESTIONES DE MÉTODO

La naturaleza dinámica de las relaciones entre ciudad y migración nos incentivó a buscar metodologías innovadoras para captar la instantaneidad de los lugares e interacciones experimentadas por las comunidades migrantes en ciudades intermedias. Como vimos más arriba, una opción metodológica importante fue centrar nuestra atención en dos ciudades intermedias caracterizadas por una matriz socio-productiva agrícola y situadas en regiones del centro y centro-sur del país. Esta decisión fue resituando la pregunta de investigación en torno a las mutaciones experimentadas en este tipo de ciudades a partir de la llegada de comunidades migrantes.

Buscamos abordar esta interrogante a partir de conversaciones informales con individuos/as no inmigrantes que habitan estas ciudades desde su infancia o

juventud, con quienes teníamos contacto previo y a quienes pedimos dar cuenta de los cambios más significativos experimentados en sus ciudades a partir de la llegada de nuevas comunidades inmigrantes. Les llamamos *intermediarios/as*.

Los materiales sobre los cuales elaboramos los análisis fueron obtenidos a partir de conversaciones informales, algunas efectuadas de manera presencial y la mayoría de ellas a través de mensajes de audio telefónicos. Nos interesa destacar la opción por estas nuevas formas de mediación, dispositivos y materialidades en nuestra estrategia metodológica, pues a partir de ellas pudimos acceder a testimonios directos sobre la vida de los inmigrantes en ambas ciudades. El uso de tecnologías y redes sociales nos acercó a la forma que toman actualmente buena parte de nuestras interacciones, lo que hemos buscado poner en valor como una herramienta legítima y fecunda de producción de información. Las entrevistas fueron registradas por los/as intermediarios/as clave en mercados, plazas, peluquerías o casas particulares de Chillán o San Felipe. A su vez, los/as propios intermediarios/as clave nos enviaron registros de audio con sus impresiones respecto a qué cosas habían ido cambiando en sus ciudades a partir de la llegada de comunidades migrantes. Una de estas entrevistas a intermediarios se realizó en directo en Santiago con un habitante de San Felipe que viaja constantemente a la capital por razones de trabajo.

En cuanto a los criterios de la muestra y a los métodos de inmersión en las comunidades migrantes, creemos indispensable destacar el rol jugado por estos actores que ya tenían vínculos estrechos con las ciudades estudiadas, así como una cercanía mayor o menor con circuitos de familias y sujetos migrantes. Reafirmando nuestra opción por una perspectiva socio-antropológica, creemos importante dar cuenta de la brecha existente entre el mundo académico y la vida cotidiana de los y las migrantes en nuestro país. Por ello, la figura de estos intermediarios/as resultó crucial para acceder a dinámicas micro-sociológicas más sensibles relacionadas con los afectos, el humor o el rumor, que constituyen recursos importantes para procesar la realidad social, conjurar los estereotipos y crear vínculos sociales en y con la ciudad. Este tipo de interacción resulta difícilmente abordable a través de medios más convencionales como la entrevista estructurada o la observación directa, marcados por una relación asimétrica entre actores universitarios/as y sujetos/as migrantes, lo que hace más difícil acceder al espacio de los afectos y de las vivencias cotidianas. En consecuencia, el lugar de estos/as mediadores/as nos permitió acceder a una cierta capilaridad social de la experiencia migratoria con el foco en las interacciones y en las relaciones de proximidad entre personas inmigrantes y no inmigrantes que comparten mundos comunes (laborales, afectivos) en la ciudad intermedia.

ESCENAS

Escena 1. La aparición de un haitiano en Chillán: idioma y redes sociales

María Lylia es una mujer de aproximadamente 60 años que ha vivido en la región desde su infancia y que se radicó en Chillán hace casi 40 años. Cuando le comentamos nuestro tema de investigación demostró gran entusiasmo y proactividad en apoyarnos con contactos y entrevistas, y acordamos que durante algunas semanas efectuaría entrevistas a inmigrantes residentes en Chillán, para lo que le dejamos una guía de preguntas. A partir de esta pauta realizó varias entrevistas a haitianos y venezolanos/as con quienes tenía cercanía y que residen actualmente en Chillán. Una de las entrevistas se la hizo a Delvillan, quien vive en esa ciudad hace tres años.

Delvillan casi no habla castellano y le cuesta entenderlo. Conversar con las y los chilenos no le resulta fácil. Cuando llegó a Chile pasó por Talcahuano y luego se instaló en Chillán. No tiene trabajo estable y sobrevive, como varios de sus compatriotas, vendiendo Súper 8 en la calle. Vive con otros haitianos en una casa. No tiene amigos chilenos, pero tiene una novia haitiana. Como pasa el día vendiendo y se relaciona solo con haitianos, su vínculo directo con las y los chilenos es escaso y, en cierta forma, se restringe a su aparición en el espacio público para realizar la venta de sus productos, los que apenas nombra y que sobre todo muestra a transeúntes y automovilistas.

El registro sonoro de la entrevista con Delvillan es difícil de seguir. No resulta fácil entenderle. A este respecto, María Lylia nos cuenta que para ella también fue difícil comunicarse con él y que durante la entrevista se tuvo que apoyar mucho en gestos para entablar comunicación. Eso da espacio para que se explye sobre la dificultad de comunicación que percibe entre las y los haitianos. A su juicio, un elemento que incide en la dificultad para que aprendan el castellano se encuentra en que tienden a interactuar entre ellos y, especialmente, en el tipo de relación que establecen con las nuevas tecnologías, en particular con los teléfonos móviles y con las redes sociales y otras aplicaciones a las que estos dan acceso.

María Lylia nos cuenta que es usual ver a las y los haitianos –aunque principalmente a ellos– con los teléfonos celulares colgados al cuello, y nos dice que generalmente no escriben en sus aparatos, sino que graban e intercambian archivos de audio, principalmente a través de la aplicación WhatsApp. De hecho, nos comenta y nos hace llegar un chiste –“meme”– que circula actualmente acerca del “teclado de un haitiano”, una imagen en la que se ve un teclado convencional en el que las letras de cada tecla han sido reemplazadas por el ícono que se emplea para grabar audios en los teléfonos móviles. Además, nos dice que en sus interacciones con haitianos, incluso más allá de las entrevistas hechas para esta ocasión, es frecuente

encontrarles escuchando música o noticias en su idioma. En este sentido, ella liga ese comportamiento a una necesidad de conectarse con sus raíces, con los familiares y amigos que dejaron en Haití. Destaca que todos andan con celular y que se les ve ocuparlo intensivamente.

Escena 2. Haitianos en San Felipe: una aparición creciente

Ricardo es biólogo y profesor en un liceo de San Felipe. Cuando le contamos de nuestro propósito al escribir este texto dijo estar muy interesado en colaborar con nosotros y puso inmediatamente manos a la obra para conseguir entrevistas con inmigrantes en la ciudad. Una de esas entrevistas es la de Erwin, que vive desde hace dos años en San Felipe. Erwin trabajó en una industria de conservas alimentarias y actualmente trabaja en la mañana en una industria de muebles y en la tarde en una estación de servicio. Tiene una hija que vive en Santiago junto a sus hermanos. Su plan es quedarse en Chile y seguir trabajando para poder darle educación a su hija.

Ricardo nos dice que casos como el de Erwin son frecuentes en San Felipe. A su juicio, el panorama de la migración en esta ciudad ha cambiado en los últimos años. Nos dice que cuando comenzaron a llegar los primeros haitianos, hace unos siete años, a todos les llamaba la atención la ropa que ocupaban, muy escasa e inadecuada para el frío de la estación invernal, y muy poca, lo que daba cuenta de una situación de precariedad evidente. Comenta que por mucho tiempo se vio a los haitianos viviendo en condiciones bastante frágiles en la ciudad, con acceso a trabajos muy mal pagados e informales, y que era frecuente escuchar historias de aprovechamiento⁴.

Poco a poco comenzaron a aparecer, no individuos, sino que grupos de haitianos, en su mayoría varones, en ciertos sectores de la ciudad. Ricardo nos cuenta cómo, en las afueras de los supermercados, empezaron a instalarse algunos de ellos con carritos de comida que, aunque bastante precarios, conseguían el objetivo de ofrecer alimentos para otros haitianos, aunque no para los locales de San Felipe. Se trataba de un espacio de encuentro y sociabilidad para la propia comunidad haitiana. Las reuniones comenzaron a ser más numerosas y con la sola finalidad de encontrarse y compartir.

4. Situaciones similares nos fueron reportadas por María Lylia en Chillán, donde algunos de los haitianos entrevistados testimoniaron episodios de engaño y explotación provocados por los empresarios agrícolas locales, lo que los forzó, incluso, a no recibir su salario durante los primeros meses de trabajo.

De acuerdo al relato de Ricardo, un par de años después de la llegada de los primeros migrantes haitianos comenzaron a llegar también mujeres. Poco a poco fueron cobrando presencia hasta el punto que empezó a circular el comentario de que había muchas de ellas haciendo uso de los consultorios de salud primaria, lo que traería como consecuencia una merma en dicho servicio para las mujeres chilenas.

Según Ricardo, hoy es frecuente ver haitianos en San Felipe. Dice que se han vuelto cada vez más reconocibles. Nos cuenta que los habitantes locales dicen ser capaces de distinguirlos respecto de otros migrantes, colombianos o venezolanos, ya sea por su comportamiento, su actitud o su fisionomía corporal. En este punto, Ricardo conecta la corporalidad con el idioma, ya que nos dice que la barrera idiomática jugaba un rol importante en la medida en que dificultaba su comunicación y les hacía adoptar una postura un tanto tímida, fácil de leer en sus posturas y actitudes. Pero eso ha ido cambiando con el tiempo. Ahora se los ve instalados en casas con sus familias y progresivamente han comenzado a aparecer en otros espacios, como el comercio y las ferias. Además, según Ricardo, parecen estar más empoderados en los espacios laborales, pues ahora reclaman por sus derechos y no buscan realizar mayores cargas de trabajo u horas extra, lo que resulta muy extraño para los chilenos, habituados a buscar mayores ganancias y beneficios económicos. Ricardo nos dice que entre los haitianos parece haber una suerte de conformidad con la ganancia y una búsqueda de dinero y trabajo ligada a la sobrevivencia y no a un ánimo de enriquecimiento.

Además de las historias que nos compartió Ricardo, tuvimos ocasión de entrevistar a Jorge, también profesor, residente en San Felipe, quien nos transmitió una anécdota que retuvo nuestra atención. Jorge nos cuenta que los campesinos de San Felipe han comenzado a llamar a los migrantes haitianos “los tordos” porque siempre “andan en bandada”, son percibidos como ruidosos, hablan a mayor volumen que los/as chilenos/as, se perciben como buenos para comer y, por cierto, porque se trata de un pájaro negro muy frecuente en los campos de la región.

Por otra parte, Jorge nos dice que ese comportamiento gregario o “en bandada” es también visible en otros lugares, pues los inmigrantes haitianos han comenzado a frecuentar espacios públicos que los nativos no solían frecuentar, como la Plaza de San Felipe, consultorios o notarías públicas, haciendo fila o esperando ser atendidos/as en salas de espera, lo que ha incrementado su visibilidad y su reconocimiento, y ha cambiado la visualidad de quienes componen la ciudad.

Una de las últimas cosas que nos comenta Ricardo es que en San Felipe cada vez se ven más mujeres locales involucradas con varones haitianos. No así mujeres haitianas con hombres locales. Es frecuente que esas parejas mixtas estén integradas por mujeres maduras y hombres jóvenes, lo que ha despertado el surgimiento de historias y rumores.

Escena 3. Marly de Venezuela: apoyos mutuos en una ciudad parecida al país de origen

Otra entrevistada que contactó María Lyliá, en Chillán, fue Marly, a quien conoció en la peluquería donde ambas trabajan. El relato de Marly nos dice que las y los venezolanos suelen llegar con otros familiares, quienes los apoyan mientras consiguen trabajo y se estabilizan. En el intertanto viven una o dos familias en un apartamento, hasta que consiguen un empleo estable y logran independizarse.

En su entrevista, Marly nos dice que cuando llegan a Chillán, los venezolanos trabajan en lo que primero les salga. Agrega que aunque uno sea profesional, trabaja en lo que aparezca. De hecho, ella es pedagoga, especializada en educación inicial, y su primer trabajo fue repartir volantes en la calle. Actualmente trabaja en el rubro de la estética, haciendo manicure, pedicure, masaje y depilaciones, porque también tenía conocimientos en esa área. Marly llegó a Chile hace cinco meses y tardó solo una semana en encontrar trabajo. Reconoce que no todos corren con la misma suerte.

Consultada sobre su vida cotidiana, Marly nos dice que vive con sus tres hijos y con su esposo, y que, además, se reúne los fines de semana con una prima, una amiga y otros dos amigos venezolanos. Dice que le gusta participar de estas reuniones y que siempre preparan comida venezolana. De hecho, dice que la única comida local que ha probado son las longanizas de Chillán, de las que no recuerda muy bien el nombre.

Acerca de la ciudad de Chillán, dice que le gusta cómo es la gente, el ambiente. Dice que el clima no le gusta tanto porque a veces, en invierno, es muy frío. Dice, también, que Chillán se parece a una ciudad de Venezuela, su país, de donde extraña muchas cosas: su familia, padres, hermanos, amigos. Extraña todo.

Dice que la gente de Chillán le ha ayudado mucho en su inserción y que no ha sentido discriminación. De hecho, se siente muy agradecida por la gente, porque la han ayudado mucho y porque siempre ha sentido el apoyo. Ante la pregunta sobre si ha vivido discriminación, dice nunca haber sentido maltrato hacia ella o sus hijos, en este punto compara su estadía en Chillán con una migración anterior a Perú, donde se sintió menos grata debido a que sus niños se sintieron presionados por las altas exigencias en la selección del sistema escolar.

Escena 4. Una historia de consumo

María Lyliá, nuestra colaboradora de Chillán, también nos compartió otras historias. Una de ellas ocurrió en un supermercado, junto a su novio, Samuel, un haitiano que bordea los cuarenta años. Nos contó que un día estaban comprando

algunas cosas cuando, de improviso, escuchó a una mujer de poco menos de setenta años vociferando contra “los negros”: “que estos negros son unos flojos, que no hacen nada”. Al escucharla, María la interpeló y le preguntó por la razón de sus dichos. La señora siguió vociferando contra “los negros” y no reaccionó a la pregunta de María. Ella insistió. La señora le dijo “yo le voy a explicar”, y agregó: “estos negros no hacen nada, no saben hacer nada, hay que enseñarles. Yo tuve un negro y, al final, lo boté. Lo boté por flojo”. En un primer momento, María quedó sorprendida. Pero luego, retomando sus compras y con la señora ya alejándose, le preguntó la opinión a Samuel, su novio. En ese momento este último le contó que, efectivamente, la mujer aludida había tenido un novio haitiano –“un negro”– y que usualmente viajaba con él a Santiago a comprarle ropa –“lo vestía de pies a cabeza”– y teléfonos celulares, todo ello a cambio de favores sexuales. Pero que esa relación había terminado y que, desde entonces, la mujer le tenía odio a “los negros”.

Escena 5. La intensidad afectiva del actuar conjunto. Una historia de Coihueco

Esta no es una historia propia sino una historia pública, disponible en el sitio <http://www.lasraraspodcast.com/>, que llamó nuestra atención por el modo explícito en que se la presentaba como opuesta a la “típica narrativa de migrantes que llegan a un nuevo país para encontrarse con la xenofobia y otras formas de discriminación”. Una historia sobre la manera en que una localidad rural se organizó para recibir a una familia de migrantes haitianos.

La historia comienza con la llegada a Chile de Rodlin, quien luego de un paso por la comuna de Maipú, llegó a la localidad de Coihueco, un pueblo rural situado a poco más de 400 kilómetros de la ciudad de Santiago. Rodlin llegó solo, sin su familia compuesta por su esposa y su hija, que seguían viviendo en Haití. A la escasez de dinero y su incipiente dominio del castellano, se sumaba una fuerte sensación de soledad y una profunda afectación por la distancia que lo separaba de sus seres queridos.

Fue entonces que los habitantes de este pueblo se organizaron para traer a la familia de Rodlin a Chile y lo consiguieron. No fue fácil. Los esfuerzos y peripecias fueron múltiples, pero lo hicieron. No obstante, el problema no quedó ahí. La llegada de la familia de Rodlin trajo nuevos desajustes, esta vez ligados a las dificultades de inserción y adaptación a la forma de vida local. Las y los habitantes de Coihueco debieron actuar, esta vez no de manera financiera, pagando pasajes de avión y documentos, sino que de modo relacional y organizado, para abrir puertas y nuevos vínculos a la familia de Rodlin y así ayudarles a configurar una nueva vida cotidiana.

NUEVOS PAISAJES SENSORIALES EN LA CIUDAD INTERMEDIA

Un recorrido transversal por las escenas descritas y las conversaciones con nuestros intermediarios/as locales nos permiten destacar algunas inteligibilidades acerca del fenómeno migratorio en la ciudad intermedia. En primer lugar, es recurrente escuchar comentarios sobre los nuevos usos sociales que hacen las comunidades inmigrantes de espacios públicos tales como plazas, parques, consultorios y mercados. La presencia de grupos de haitianos/as, venezolanos/as o colombianos/as en estos espacios nos interpela acerca de las propias formas en que la población nativa los habitaba antes de la llegada de estas comunidades, los que aparentemente eran más bien usados como lugares de tránsito y menos como sitios de interacción, encuentro o estadía más prolongada. Este hecho, fuertemente enfatizado en las conversaciones, arroja algunas pistas de interés acerca de algunos contrastes culturales entre población nativa e inmigrante que revelan diferentes maneras de utilizar el tiempo y de habitar los espacios de la ciudad. Las nuevas formas de circular y de existir en los espacios comunes propician formas de sociabilidad emergentes, así como formas inéditas de relación con el paisaje urbano, transformando profundamente la visualidad y la sonoridad de las ciudades intermedias.

Estos cambios en la visualidad y la sonoridad de las ciudades pueden circunscribirse a transformaciones más globales de las ciudades, que podemos reconocer como propias de un nuevo *régimen sensorial*. Estas mutaciones se acompañan de la introducción de nuevos productos culinarios, formas de preparar, presentar y compartir los alimentos en el espacio público y de una sonoridad dada por pregones callejeros, acentos, hablas y lenguas que comienzan a habitar el cotidiano de nuestros lugares de tránsito.

En concomitancia con estas innovaciones, los testimonios dan cuenta de cambios importantes en el ámbito del trabajo y del comercio, en los que se suscitan nuevas formas de interacción entre comunidades migrantes y de estas con la población nativa. En el caso de Chillán es recurrente encontrar a inmigrantes haitianos cuya principal fuente de ingresos deriva de la venta de productos en el mercado informal (mercado central o mercado persa de la ciudad). Los productos mayoritariamente vendidos eran chocolates (Súper 8) o verduras en grandes carretones, en especial ajos y pimentones, una forma de venta que hasta entonces no era practicada por campesinos y vendedores locales. Se trata de una forma de presentación y distribución de los productos relativamente innovadora en una ciudad que, si bien cuenta con un mercado significativo de distribución de productos agrícolas, ha visto abrir poco a poco nuevos circuitos a la economía de subsistencia de estas comunidades, encontrando un público y redes de colaboración. Los mercados se han convertido así en el espacio privilegiado por estos/as individuos/as para constituir su principal

fuelle de recursos. En ellos se suscitan una serie de interacciones: disputas, conflictos y afectos a partir de los cuales los/as inmigrantes van encontrando su lugar en los circuitos de intercambio ya existentes.

En el plano de los afectos y la sociabilidad, para el caso de los/as haitianos/as, la barrera lingüística constituye un desafío que dificulta la fluidez de las interacciones. Tanto en Chillán como en San Felipe constatamos la existencia de parejas mixtas, frecuentemente compuestas por varones de origen haitiano con mujeres de origen chileno, muchas veces de mayor edad que ellos, las que les brindan apoyo y van poco a poco promoviendo nuevas redes de solidaridad entre población nativa y sujetos inmigrantes. Estos encuentros pueden ser coadyuvantes en una integración social y cultural, facilitando la inserción en el plano doméstico, lingüístico y administrativo. A pesar de estos apoyos constatamos un gran sentimiento de soledad en las personas entrevistadas, donde la barrera lingüística acentúa de manera dramática las dificultades de comunicación y de integración. Así lo muestran ejemplos de inmigrantes haitianos que llevan más de tres años viviendo en estas localidades y que manejan nuestro idioma con gran dificultad. Ante este escenario social y afectivo, las redes sociales constituyen un recurso fundamental para mantener los vínculos con las ciudades y países de origen. Varios/as de los/as entrevistados están permanentemente conectados/as a Facebook para dialogar con familiares y amigos/as de sus países de origen, leer noticias, escuchar radios locales o acceder a videos sobre diversos temas que evoquen la vida cotidiana de sus lugares (frutas, comidas, música, programas religiosos, teleseries locales).

Respecto del uso de las redes sociales, nos parece de interés esta conexión permanente que buscan mantener muchas y muchos migrantes con sus lugares de origen. Ella da cuenta del habitar transfronterizo y simultáneo del que hablamos al principio de este texto, pero también de las formas en que estos dispositivos y redes permiten componer posibilidades de estar con otros en la lejanía de modos que no tienen que ver solo con la contigüidad o la distancia, sino que con formas de distribución variable y en múltiples escalas, pero que tienen siempre efectos en la existencia cotidiana. Quizás ello explique que entre sus contactos de redes sociales la mayoría sean amigos/as o familiares residentes en sus países de origen y muy pocos de ellos son de amistades que habitan en Chile.

TIEMPO, TRABAJO Y NUEVAS FORMAS DE SOCIABILIDAD

A partir de las escenas que hemos retratado podemos destacar varios elementos que dan cuenta de aristas emergentes de las artes de hacer migrantes que son, en cierta forma, innovadoras respecto de los modos de actuar y las rutinas comportamentales de las y los chilenos. En primer lugar, la relación con el tiempo. En segundo lugar,

la relación con el trabajo. En tercer lugar, la relación con la ciudad intermedia, para concluir con una reflexión sobre las formas de la sociabilidad.

Acerca de la relación con el tiempo, nos interesa destacar que a pesar de que la experiencia migratoria está en cierta forma atravesada por la urgencia temporal, que se manifiesta, por ejemplo, en la necesidad de llegar al lugar de destino o en el apremio por encontrar trabajo, las y los migrantes despliegan prácticas que redundan en una fuerte instalación en el aquí y el ahora; una suerte de disposición corporal hacia la presencia que hace visible la duración del momento por sobre la evanescencia del instante.

Ese modo de estar presente se traduce, a nivel de los espacios públicos, en una forma de ocupación estacionaria, que contrasta con el flujo y movimiento permanente de los habitantes locales, que muchas veces ven en ello cierta dejadez o desaprovechamiento del tiempo.

En cuanto a la relación que establecen con el trabajo, consideramos destacable que entre los migrantes haitianos predomine una actitud que resulta reñida con la lógica de la ganancia, la maximización y el enriquecimiento y que, por el contrario, parece más acorde a la satisfacción de la necesidad o, incluso, al conformismo. Su renuncia a buscar mayores ganancias diarias o su negativa a realizar horas extra pueden ser vistas, en este sentido, como disposiciones contrarias al orden capitalista y, en consecuencia, resistentes a los procedimientos a través de los cuales ese orden interviene los mundos domésticos y la vida cotidiana en el Chile actual. Por otro lado, los testimonios pesquisados dan cuenta de situaciones de abuso y explotación por parte de empresarios agrícolas locales, sobre todo a causa de las dificultades de los/as recién llegados/as para comprender el idioma y los códigos necesarios para negociar condiciones laborales mínimas. Ante ello, nuestros/as intermediarios/as entrevistados/as perciben que el tiempo transcurrido desde la llegada de las primeras comunidades inmigrantes a Chillán y San Felipe les ha permitido ir capitalizando un cierto número de experiencias y saberes necesarios para evitar estos abusos en el terreno laboral.

A propósito del vínculo que componen con la ciudad intermedia, llama nuestra atención una suerte de búsqueda de simetría que guía los desplazamientos de las y los migrantes, que orienta sus pasos y la elección de ciudades de destino que guarden cierta similitud con sus ciudades de origen. Esa simetría o similitud no tiene que ver necesariamente con la escala espacial o la magnitud poblacional de la ciudad, sino que, sobre todo, con el tipo e intensidad de los vínculos sociales y afectivos que logran componer. La familiaridad con ciertos recorridos y lugares, la mayor recurrencia de las interacciones con un número limitado de personas, la importancia del rumor, su eficacia y su potencial para construir conversaciones comunes a la escala de una ciudad parecen facilitar las interacciones y crear un tipo especial de arraigo en los y las recién llegadas.

Estos primeros resultados nos invitan a desarrollar una reflexión más amplia sobre las formas de sociabilidad propias de las ciudades intermedias en contraste con las de la metrópoli, debido a las diferencias en la distancia espacial, la relación con el tiempo y la recurrencia y frecuencia de los vínculos sociales, en relación con los modos de existencia y posibilidades de integración de los y las migrantes en Chile.

CONCLUSIÓN: REFLEXIONES SOBRE MIGRACIÓN, SOCIABILIDAD Y CIUDAD INTERMEDIA

A modo de cierre, intentando problematizar las formas de la sociabilidad sobre las que interviene la presencia de las y los migrantes, cabe indicar que en la ciudad intermedia o en la pequeña ciudad, las y los migrantes intervienen sobre el régimen de visibilidad pública. No se produce lo mismo que en la gran ciudad, caracterizada por el predominio del anonimato y la actitud reservada. No. La escala de la ciudad intermedia vuelve inevitable el contacto, al menos el contacto visual, y ello interviene las dinámicas relacionales, la recurrencia y profundidad de los vínculos y los patrones interaccionales.

Desde los tiempos de R. Park y su texto *La ciudad como laboratorio social* se enfatiza que carácter público es consustancial a la ciudad y la vida urbana, en la medida en que acoge a todo tipo de individuos, fenómenos y problemas. En este sentido, es posible plantear que la llegada de migrantes “urbaniza” la ciudad intermedia en tanto incrementa su diversidad y variedad interna. Esto es especialmente evidente en el caso de los haitianos, puesto que hay que sumar el cuerpo negro: su presencia se convierte en un importante desafío a la inteligibilidad, porque se lo considera una diferencia radical, una diferencia a la que se carga con toda la polaridad de lo negativo, como nos recuerda Mbembe (2016).

La presencia migrante interviene sobre el régimen sensible que gobierna los comportamientos en la ciudad intermedia. Actúa sobre nuestra capacidad visual y sobre las modalidades de apreciación con que operamos cotidianamente. Así, la desensibilización, recurrentemente indicada como uno de los rasgos propios de la vida urbana, es, en cierta forma, intervenida por la presencia migrante. En el relato de los habitantes de la ciudad intermedia, los migrantes actúan sobre la densidad afectiva de las relaciones sociales, puesto que minan el desinterés y la rutinización que caracterizan a muchos de los encuentros en el espacio público, mostrando posibilidades de vinculación cargadas de intensidad, marcadas por la presencia y la reciprocidad.

En cierta medida, la indiferencia y la pérdida de interés por el otro se revierten y dejan aparecer nuevas formas de atención y de consideración de los co-partícipes de la vida urbana pública. Esto puede ser pensado en la dirección de una dinámica

interaccional que va contra la tendencia de la ciudad intermedia a convertirse, aceleradamente, en una metrópoli a escala reducida, esto es, una ciudad marcada por los patrones de actuación individualistas, racionalistas y anónimos, y a devolverla al modo de funcionamiento del pueblo y el villorrio, donde predominan las relaciones afectivas.

Esto queda en evidencia en cierto desinterés económico –economicista– que muestran las y los migrantes haitianos en relación a la intensificación de las relaciones laborales, en guardar espacio para los encuentros cara a cara extendidos en el tiempo, en estar con otros a cabalidad, dándose el tiempo. Es como si actuaran de acuerdo a una comprensión práctica de que la vida social en la gran ciudad puede ser afectada por las amenazas de la soledad, el aislamiento e, incluso, el abandono, y que hay que actuar frente a ellos. Consideramos del mayor interés continuar explorando la cuestión de los contrastes existentes en las representaciones del tiempo y del trabajo entre población nativa y comunidades migrantes. Se trata de un aspecto que cobra relevancia en el contexto de los actuales debates políticos acerca de la reducción de horas de trabajo en Chile y permite dar cuenta de cómo una matriz socio-cultural basada en la intensificación del trabajo, la eficiencia y el productivismo puede ser permeada por otros imaginarios que ponen en valor el tiempo para sí y para otros/as, la creatividad y la autonomía.

En las actividades y prácticas de los migrantes de las ciudades intermedias no observamos sometimiento a los designios de una entidad trascendente que mueve sus hilos de modo ajeno a su voluntad, o a los poderes de una estructura omnipresente que gobierna sus comportamientos. Encontramos, más bien, activación de habilidades en una nueva ecología socio-cultural, pero, sobre todo, afectiva, en función de la cual buscan un espacio para la realización y el bienestar.

Kathleen Stewart dice que la vida cotidiana se compone de “afectos ordinarios”, entendidos como “las variadas y emergentes capacidades de afectar y de ser afectado que dan a la vida cotidiana la cualidad de un movimiento continuo de relaciones, escenas, contingencias y emergencias”. Los afectos ordinarios son circuitos animados y conexiones, más que entidades fijas. Son zonas de contacto. Algo similar plantearon décadas atrás Lefebvre y Régulier (1985) cuando decían que la vida cotidiana no remite a un conjunto inarticulado de momentos diferentes gobernados por su propia lógica, sino que a una secuencia con momentos fuertes y débiles, un encadenamiento rítmico de ellos.

Visto así, lo que observamos entre las y los migrantes de las ciudades intermedias es la producción de afectos ordinarios que intervienen el orden sensible y que nos interpelan en la producción de una nueva manera de conjugar nuestra presencia con las de otras y otros diversos y múltiples, para así producir una nueva forma de sociabilidad, una más adecuada gramática de los contactos.

REFERENCIAS

- Ahmed, S. (1999). Home and away: Narratives of migration and estrangement. *International Journal of Cultural Studies*, 2(3), 329–347. doi:10.1177/136787799900200303
- Arias, G., Moreno, R. y Núñez, D. (2010). Inmigración latinoamericana en Chile: analizando perfiles y patrones de localización de la comunidad peruana en el área metropolitana de Santiago (AMS). *Tiempo y Espacio*, (25), 59-77.
- Asociación de Municipalidades de Chile [Amuch] (2017). Inmigrantes con permanencia definitiva en las comunas de Chile ¿Qué nos dicen los datos 2006-2016? Chile: Dirección de Estudios Amuch, Asociación de Municipalidades de Chile. Recuperado de <http://www.amuch.cl/wp-content/uploads/2017/06/ESTUDIO-PERMANENCIADEFINITIVA-INMIGRANTES-2006-2016.pdf>
- Back, L. (2015). Why Everyday Life Matters: Class, Community and Making Life Livable. *Sociology*, 49(5), 820–836. <https://doi.org/10.1177/0038038515589292>
- Bouvier, P. (1995). *Socio-Anthropologie du contemporain*, Paris, Galilée.
- Campos, L. y Soto, P. (2016). Música y sonoridad migrante en el barrio: crear cotidianidad, domesticar el territorio. En M. J. Reyes, S. Arensburg y X. Póo (Coords.), *Vidas cotidianas en emergencia. Territorio, habitantes y prácticas* (pp. 21-36). Santiago: Social Ediciones.
- De Certeau, M. (1999). *La invención de lo cotidiano*. México: Universidad Iberoamericana.
- Hamel, J. (1997). La socio-anthropologie, un nouveau lien entre la sociologie et l’anthropologie. En *Socio-anthropologie*. URL: <http://journals.openedition.org/socio-anthropologie/73>. DOI: 10.4000/socio-anthropologie.73
- Instituto Nacional de Estadísticas [INE]. (2018). Síntesis de resultados. Censo 2017. Chile: Autor. Recuperado de <https://www.censo2017.cl/descargas/home/sintesis-de-resultados-censo2017.pdf>
- Maturana & R. Rojas (Eds.) (2015). *Ciudades intermedias en Chile: Territorios olvidados*. Santiago, Chile: RIL Editores.
- Maturana, F. (2016), “Ciudades intermedias en Chile: definición de un territorio en transición”. *Revista Planeo* n° 27.
- Mbembe, A. (2016). *Crítica de la razón negra*. Buenos Aires: Futuro anterior/NED ediciones.

- Rancière, J. (2009). *El reparto de lo sensible. Estética y política*- Editorial Lom, Santiago de Chile.
- Rihm, Andrea y Sharim, Dariela (2019). Migrantes colombianos en Santiago: Experiencias y reflexiones en torno al derecho a habitar la ciudad. *Revista Invi* 96.
- Shafak, E., & Meridians. (2003). Migrations: A Meridians Interview with Elif Shafak. *Meridians*, 4(1), 55-85. Retrieved from <http://www.jstor.org/stable/40338823>
- Silver, D., Clark, T. & Yanez, C. (2010). Scenes: Social Context in an Age of Contingency. *Social Forces*, 88(5), 2293-2324. Retrieved from <http://www.jstor.org/stable/40927547>
- Thayer, L. (2013). Expectativas de reconocimiento y estrategias de incorporación. La construcción de trayectorias degradadas en migrantes latinoamericanos residentes en la Región Metropolitana de Santiago. *Polis*, 12(35), 259-285. doi:10.4067/S0718-65682013000200012
- Tijoux, M. E. (2011). Negando al “otro”: el constante sufrimiento de los inmigrantes peruanos en Chile. En C. Stefoni (Ed.), *Mujeres inmigrantes en Chile: ¿Mano de obra o trabajadoras con derechos?* (pp. 107-108). Santiago: Ediciones Alberto Hurtado.
- Todorov, T. (2008). *El hombre desplazado*. Buenos Aires: Taurus.